

Parece que los cóndores fuesen aves curiosas, tan pronto como notan la presencia de jinetes o peatones, ya sea en las cimas de los picos o en las profundidades de las quebradas, se lanzan desde sus escondrijos o dormideros, o dirigen su vuelo al lugar llamativo, si andan en el aire describiendo las amplísimas espirales de la trayectoria de sus paseos aéreos. Pasan por encima de los viajeros, a veces a tan poca altura, que la vista de un miope como yo puede distinguirles el ojo con nitidez, cuando al pasar, ladean la cabeza para escudriñar.

Si hay calma en la atmósfera, sus extensos planeos se prolongan por espacio de 1 a 2 minutos, pudiendo impulsarse en su ascenso o descenso, avanzar en una palabra, por el movimiento de las remiges metacarpales al moverlas de adelante atrás, describiendo una onda, cosa que se observa fácilmente cuando pasan silenciosos a pocos metros de distancia de la cabeza del observador. En otros momentos los he visto luchar con el viento impetuoso de las alturas; su cola cuadrada era el timón que con golpes certeros resistía a los embates. Otras veces me he deleitado contemplándolos con sus alas y cola rígidas y extendidas como estacados, pairar contra el viento o bien avanzar lentamente. En algunos casos, aprovechando la proximidad a que pasan del observador, en las espirales del vuelo, les he hecho disparos de revólver, y, sea por causa de la detonación o del silbido de la bala próxima, al cabo de unos segundos han reaccionado con alguna pirueta o un movimiento pasajero de las alas, para después continuar con las amplias espirales de su vuelo sublime, hasta alejarse poco a poco y perderse de vista como punto en el espacio, tal vez al no ofrecerles interés el objeto que antes les llamó la atención.

ALBERTO CASTELLANOS.

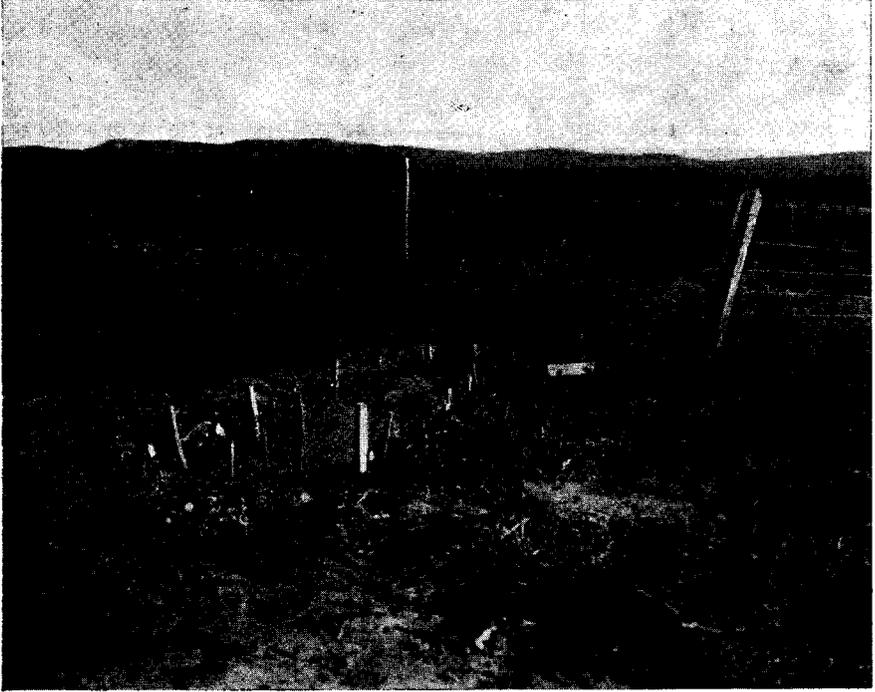
SOBRE LA CAZA DE LA MARTINETA (CALOPEZUS ELEGANS)

La costumbre de estas aves, de no volar más que cuando se consideran amenazadas por un peligro inminente, ha dado lugar a su atrapado por arreo a mangas especiales.

La fotografía que acompaña esta nota, obtenida en la costa de Golfo Nuevo, en agosto del año pasado, muestra una manga establecida aprovechando la intersección de dos alambrados convergentes, en cuyos hilos inferiores se han fijado ramas suficientemente juntas como para que sus partes más tupidas, que se colocan a ras del terreno, no dejen paso fácil a las aves. Junto al poste esquinero se ha dejado una abertura en la cual se encuentra la en-

trada a una suerte de tunel hecho con alambre tejido mantenido contra el suelo, formando bóveda, por medio de estacas.

A corta distancia de la entrada, este tunel cambia de dirección y tiene una



ligera depresión para que las aves aprisionadas en el saco no vean salida directa cuando retroceden.

Reacias al vuelo, las martinetas caminan hasta dar con el alambrado cuyo enramado no las deja pasar; lo siguen a lo largo, entonces, hasta introducirse en la trampa, donde quedan aprisionadas.

ABEL RENARD.